

Estado, demoracia y alternativa socialista en la era neoliberal	Titulo
Sader , Emir - Autor/a; Therborn, Göran - Autor/a; Blackburn, Robin - Autor/a; Boron, Atilio A. - Autor/a; Löwy, Michael - Autor/a;	Autor(es)
La trama del Neoliberalismo. Mercado, Crisis y exclusión social	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
Teoria politica; Exclusion social; Crisis; Mercado; Neoliberalismo; Filosofia politica;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100609033850/11neo.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Estado, democracia y alternativa socialista en la era neoliberal
Robin Blackburn, Atilio A. Boron, Michael Löwy, Emir Sader y Göran
Therborn
(Diálogo coordinado por Luis Fernandes, Pablo Gentili y Emilio Taddei)

Pablo Gentili

Hace dos años nos reunimos en este mismo sitio para efectuar, con algunos de ustedes, un balance crítico de las políticas neoliberales. Podríamos comenzar examinando qué es lo que ha cambiado desde entonces. Para incorporar un elemento de polémica a este balance, propondría también discutir en qué medida concuerdan con la afirmación de Göran Therborn acerca de que el neoliberalismo se ha convertido en la vanguardia modernizadora del capitalismo en este final de siglo.

Atilio Boron

Creo que, mirando las cosas con dos años de perspectiva, el neoliberalismo muestra señales de retroceso en América Latina. O sea, las previsiones que se hicieron acerca de que la onda neoliberal había llegado a un zenit luego del cual comenzaría a declinar, estaban en lo cierto.

Fíjense que, desde nuestra última reunión en Rio, se produjo el colapso espectacular del neoliberalismo en México (que hasta ese momento venía siendo el modelo que todos los países de la región debían copiar). Si leemos los documentos del Banco Mundial, por ejemplo, hasta finales del '94, y en algunos de ellos hasta principios del '95, casi todos hacían invariablemente referencia a México como paradigma a ser imitado. Por aquel entonces, Salinas de Gortari y Pedro Aspe, su Secretario de Hacienda, gozaban de un gran prestigio en los círculos internacionales. Sin embargo, el modelo mexicano se desplomó; y lo hizo como producto de una serie de inconsistencias vinculadas a la propia aplicación del modelo neoliberal en ese país: el derrumbe de la balanza de pagos, el déficit fiscal, la crisis producida por la sobrevaluación de la moneda, la recesión que afectó a una gran parte de la economía, etc.

Me parece que el caso mexicano es muy interesante por varias razones. México fue el país que hizo todos los deberes impuestos por la ortodoxia neoliberal. Precisamente por eso su fracaso es ejemplar. Ahí no se puede decir que el programa se aplicó con algunas vacilaciones, sino que se lo llevó a cabo hasta el fondo, con una notable ausencia de limitaciones políticas debido a la inexistencia de una genuina democracia capitalista. No hubo restricciones ni por el lado de los partidos, ni de los sindicatos, ni del Congreso. Además, como es notorio, contó con el enorme apoyo de los Estados Unidos, que tenía mucho interés en que el experimento mexicano no fracasara debido a las negociaciones del NAFTA. Sin embargo, el modelo se derrumbó.

Otro caso interesante es el de Argentina, país en el que también se expresa claramente el agotamiento del modelo. No me voy a explayar demasiado en esto, pero creo que todos los indicadores (desequilibrios externos, crisis de la balanza de pagos, dependencia del flujo de capitales internacionales, aumento de la desocupación y de la pobreza), al igual que en el caso mexicano, se han precipitado en los últimos meses, especialmente desde que Cavallo fuera relevado de su cargo. Por cierto, esto último también es relevante: durante los cuatro días siguientes a la renuncia obligada del ex ministro de economía, Menem no conseguía quien ocupase la cartera. En América Latina, como en cualquier otra parte del mundo, se sabe que una experiencia exitosa no demora tanto tiempo en encontrar un sucesor. La victoria tiene muchos padres, pero el fracaso es huérfano.

Ambos casos son una clara expresión de que, en América Latina, el neoliberalismo está encontrando un techo para su expansión. En Chile, por citar otro ejemplo, el Presidente Frei

está batiendo todos los records de impopularidad, lo cual revela la insatisfacción ante el funcionamiento de un modelo también presentado como paradigma de éxito.

Por último, habría que agregar la experiencia brasileña. Aquí, durante estos dos años, el neoliberalismo no ha podido avanzar tanto como deseaban sus mentores. Tengo la impresión de que hay un enorme hiato entre la propuesta de reformismo neoliberal del gobierno de Cardoso y los avances concretos. En Brasil, a pesar de todas las dificultades existentes, ha habido una resistencia social muy fuerte que, al menos hasta ahora, ha limitado parcialmente las reformas neoliberales del gobierno.

En resumen: contemplando lo ocurrido en estos dos años parecería haber ciertos indicios que respaldarían nuestras predicciones acerca del agotamiento de la marcha ascendente del neoliberalismo.

Emir Sader

Ya que Atilio empezó por América Latina, voy a tratar de agregar alguna otra cosa al respecto. Estoy totalmente de acuerdo con él. Pero creo que, al mismo tiempo, estos dos años demuestran claramente que el neoliberalismo cambia el terreno en el que se da la lucha social, económica y política. La misma sustitución de Cavallo expresa el punto hasta el cual el mercado es un factor altamente condicionante, a grado tal que crea un clima tan histérico a favor de una reafirmación fundamentalista que ideológicamente toma insoportable que un neoliberal no sea reemplazado por otro neoliberal aún más ortodoxo y dogmático. Las alternativas no están en el horizonte, ni siquiera en el horizonte de la derecha conservadora tradicional. Hoy en día no hay alternativas económicas ni siquiera en el pensamiento conservador más clásico.

Pienso que el caso de Brasil es importante porque, como era de esperar, si había alguien que podía aplicar una política de ajuste fiscal con una dimensión social, ése no era otro que Fernando Henrique Cardoso, una figura que no proviene del pensamiento neoliberal y que, al menos superficialmente, no se parece a Fujimori o a Menem. Si fuera posible compatibilizar el ajuste fiscal con una política redistributiva global, el Presidente Cardoso sería quien podría supuestamente hacerlo. Pero Brasil demuestra la incompatibilidad radical entre esos factores. En la actual coyuntura, la política social es absolutamente periférica, asistencialista, localizada, y constituye una regresión en términos de derechos sociales universales. Estos dos últimos años fueron marcados por una estagnación económica que tal vez sea el horizonte probable del próximo período. Las alianzas sociales, y sobre todo el corazón de la política económica y financiera, el modelo de estabilización monetaria, bloquean aquí cualquier perspectiva de un nuevo ciclo de crecimiento más o menos prolongado.

La diferencia en relación al padrón universal del neoliberalismo la brindan los Estados Unidos, no sólo porque este país retomó un ciclo de crecimiento (aunque corto) sino porque, según datos difundidos, fueron creados diez millones de empleos. Propaganda o no, la realidad es que existe una gran campaña internacional para demostrar que Estados Unidos tienen un modelo alternativo al modelo europeo, y que el mismo estaría dando sus frutos. Aparentemente, los empleos calificados disminuyen mientras los descalificados no. En el reflujo del mercado formal de creación de empleo éste es un elemento que debería ser discutido.

De cualquier forma, el factor más poderoso del neoliberalismo continúa siendo su dimensión político-ideológica. Esto es, los gobiernos neoliberales tienen poco prestigio, pero en los momentos en que se plebiscita la estabilidad de la moneda obtienen mayorías electorales. Menem, por ejemplo, a pesar de su imagen negativa, a la hora de las elecciones y con la estabilidad de la moneda en juego se las ingenió para obtener una votación masiva en las elecciones que lo re eligieron como presidente en 1995.

En Brasil, el gobierno de Fernando Henrique tiene un bajo índice de popularidad. Sin embargo, en el momento de las elecciones presidenciales y planteado el problema de la continuidad o no de la estabilidad monetaria, tenderá a tener mucha fuerza porque las encuestas muestran que el prestigio del plan económico todavía es muy importante. Se trata de una cuestión

esquizofrénica: las consecuencias del modelo económico son malas, pero se sostiene que enfrentamos una etapa inevitable, a partir de la cual no se debe retroceder. De allí que las dimensiones político ideológicas de este modelo sean tan importantes.

Respecto a la afirmación de Therborn en el sentido de que el neoliberalismo sería una “vanguardia modernizadora” del capitalismo sólo podría coincidir con él si entendiésemos al neoliberalismo como la única alternativa vigente ante el proyecto de internacionalización capitalista actualmente en curso. Si existe un conflicto entre la alternativa neoliberal y el modelo japonés, esto tiene mucho más que ver con una determinada concepción del vínculo entre capital financiero y capital productivo que con la imposición de un proyecto de internacionalización de otro tipo. Creo, sin embargo, que el calificativo de “vanguardia” es un poco exagerado, ya que puede tener otras connotaciones. El neoliberalismo es regresivo en términos de la institucionalización de derechos, y en este sentido, es mucho más una contrarreforma social que un proyecto de modernización en la acepción democrática de la palabra.

Göran Therborn

Quisiera presentar un retrato un poco diferente. No un desacuerdo fundamental, sino un análisis que contempla otros aspectos. Podemos distinguir por lo menos cuatro tendencias en este balance.

Primero, los criterios monetarios. En América Latina, el neoliberalismo ha tenido éxito al lograr la estabilidad de la moneda. Este proceso también se verifica en Europa, aunque allí la estabilidad monetaria no es políticamente tan importante como en los países latinoamericanos.

Segundo, la reorganización del Estado. El proceso de privatizaciones ha continuado o se ha acelerado en varias naciones, las dinámicas de mercantilización del Estado se han fortalecido en estos últimos años. En Europa Occidental, esta reorganización del aparato estatal ha sido el éxito más importante del neoliberalismo. Tendencia que también se corrobora en los países socialdemócratas, como Suecia, donde se ha comenzado a imitar la reforma thatcheriana del Estado (reorganización del mercado interno, sistemas de vouchers, descentralización presupuestaria, etc.). Los socialdemócratas suecos plantean la necesidad de las privatizaciones, aunque el énfasis privatizador allí es menor que en Inglaterra. En cierto sentido, el programa del neoliberalismo continúa realizándose en un número importante de países.

Con respecto a estos dos aspectos, podemos reconocer que en América Latina los logros económicos y políticos han sido muy modestos, o como en el caso de México, un verdadero fracaso. El éxito monetarista y reorganizador del neoliberalismo no ha resuelto los graves y cada vez más intensos problemas económicos y sociales en esos países. Esto comienza a ser reconocido de manera relativamente amplia. Un artículo reciente del ex economista jefe del Banco Mundial para América Latina, Sebastián Edwards, admite que, en términos de crecimiento y eliminación de la pobreza, las reformas neoliberales no han logrado casi nada. En Europa Oriental la experiencia demuestra que la transición al capitalismo es mucho más compleja de lo que se suponía y que la aplicación simple y pura de las recetas neoliberales no siempre funciona. Por ejemplo, el único caso de esta región que ha logrado un PBI comparable al de 1989 es Polonia, cuyo “éxito” relativo es estar hoy igual a diez años atrás. En todos los demás países, la caída del PBI ha sido brutal. En suma, en términos de crecimiento económico, el neoliberalismo no ha tenido éxito.

En tercer lugar, la resistencia social contra el neoliberalismo está creciendo, incluso en algunos países de Europa Oriental, y más claramente, en Europa Occidental. Este es un dato elocuente.

Por último, como cuarto aspecto, debemos subrayar que la hegemonía político ideológica del neoliberalismo se mantiene con sorprendente vigor. Esto se verifica electoralmente en Europa Oriental, donde los nuevos gobiernos post comunistas en Hungría, Polonia y Rumania, por

ejemplo, continúan las mismas políticas económicas que los gobiernos anteriores, simplemente con un poco más de habilidad administrativa y de honestidad personal y con menos corrupción; aunque, en términos de políticas públicas, la diferencia es mínima.

Lo mismo ha ocurrido en Suecia con el regreso del partido socialdemócrata al gobierno.

¿Cómo explicar esto? Creo que es difícil hacerlo de forma rápida y en poco tiempo. Sin embargo, me parece importante destacar que el neoliberalismo representa, en lo que se refiere a su análisis de las relaciones entre el Estado, el mercado y la sociedad civil, una nueva onda de modernización. Es correcto afirmar, desde mi punto de vista, que el neoliberalismo está en la vanguardia de la modernidad en cuanto a su crítica racionalista de todas las instituciones existentes, en lo que respecta a su radicalismo anti institucionalista y a su perspectiva de futuro. Esto se visualiza claramente en lo que se refiere a la crítica neoliberal de la organización del Estado y del sector público.

Desde mi perspectiva, este balance nos plantea tres campos o posibilidades de lucha. Uno es el de la defensa de las conquistas sociales existentes. Se trata de una estrategia defensiva, y a largo plazo, destinada a la derrota. Por otro lado, se podría dar batalla en el campo de la posmodernidad; es decir, cuestionar el racionalismo mercantil del neoliberalismo, enfatizando otras problemáticas como las políticas de identidad, culturales y el pluralismo social. También, en mi opinión, se trata de una opción destinada a la derrota. Nos queda la tercera opción: dar batalla en el campo de la modernidad. Reconocer la lógica modernizante del neoliberalismo, y por otro lado, oponer a éste una modernidad diferente que tenga en cuenta las relaciones sociales en su conjunto, los intereses y los derechos de toda la población. El discurso modernizante del neoliberalismo es un discurso de exclusión implícita y explícita, donde no se presentan alternativas para todos aquellos y aquellas que van quedando definitivamente excluidos. En este sentido, podemos reconocer un alto contenido de autodestrucción social en el discurso neoliberal. Ahora bien, tampoco podemos negar que existen elementos analíticos importantes en los estudios del Banco Mundial, aunque no dejemos de destacar que se trata de una perspectiva economicista y reduccionista. La modernidad no puede ser condenada a los estrechos márgenes que plantean estas perspectivas. Y es allí donde debemos dar batalla.

Michael Löwy

Concuerdo con el diagnóstico en el sentido de que estamos asistiendo a los síntomas iniciales de una crisis del modelo neoliberal. Pero tengo la impresión de que es un poco prematuro hablar de su declinación definitiva.

Creo que el neoliberalismo corresponde efectivamente, y de manera muy profunda, a la lógica de la modernización capitalista en la etapa actual. En este sentido, estoy de acuerdo con la tesis de Göran Therborn.

Sus causas no se encuentran en el arbitrario capricho de algunos políticos, en la mala voluntad de algunos sectores de la burguesía, ni en el corazón endurecido de la clase dominante. Realmente, se trata de una lógica férrea del capitalismo en la presente coyuntura que exige una serie de políticas económicas y sociales que tienen que ver con el propio funcionamiento del mercado internacional y con el proceso de globalización.

Todo esto exige mayor competitividad, y consecuentemente, racionalización de recursos, lo cual conduce a las regresiones sociales que conocemos. Estamos en presencia de un conjunto de medidas que se sitúan en el núcleo del actual proceso de racionalización y modernización capitalista.

Por eso considero una ilusión pensar que sustituyendo un equipo de gobierno por otro, o bien aumentando la presión social, podríamos obligar al neoliberalismo a retroceder, sustituyéndolo por una política más favorable a los intereses de las grandes mayorías. En tal sentido, el neoliberalismo no va a entrar en crisis o desaparecer por causa de sus contradicciones internas. Sólo declinará y entrará en una crisis definitiva si aparece una alternativa creíble y viable. En ausencia de esta alternativa, la crisis del neoliberalismo producirá un conjunto de

situaciones catastróficas, aunque éstas serán sustituidas por nuevas políticas liberales que producirán nuevas catástrofes sociales y así sucesivamente. No hay un automatismo económico que produzca una modificación de estas políticas si, al mismo tiempo, no se desarrolla una fuerza social y política, una alternativa coherente, creíble y suficientemente radical como para cuestionar las raíces del neoliberalismo y de la lógica de modernización y globalización del capitalismo en el presente período.

Lo que sí me parece promisorio es la aparición limitada y embrionaria de resistencias sociales a la hegemonía neoliberal. Digo “sociales” porque todavía tienen mucha dificultad para encontrar una expresión política que las represente. Cada vez se expresa con más fuerza un sentimiento social generalizado acerca de que las cosas no pueden continuar así y de que hay algo completamente equivocado en la lógica neoliberal. Podría citar algunos ejemplos. Therborn ya se refirió al hecho que, en Europa Oriental, las fuerzas que ganan las elecciones son, salvo algunas excepciones, identificadas, de forma correcta o no, con los regímenes anteriores, los ex partidos comunistas. A veces ganan y a veces logran una fuerza bastante sorprendente. Nadie podía imaginar que en Polonia, país donde existía un anticomunismo visceral, los ex comunistas iban a ganar las elecciones. Esto expresa un descontento muy grande con las políticas neoliberales que fueron llevadas a la práctica en aquella nación. Ahora bien, sostengo que hay un desfase entre esta insatisfacción popular y su expresión política porque, en realidad, esas fuerzas, los antiguos partidos comunistas hoy convertidos en socialistas, acabaron llevando a la práctica una política no muy diferente a la que ha dado origen a ese mismo descontento. Ha sido, es verdad, una política con un sentido más social, menos dogmático, aunque en el fondo no ha habido un cambio sustantivo en su orientación. De allí que podemos reconocer una cierta frustración en las expectativas populares de cambio. Nos encontramos en un momento donde existe una cada vez más intensa insatisfacción social con el neoliberalismo, y al mismo tiempo, el desarrollo de un conjunto de expresiones políticas que, de forma inadecuada, acaban reproduciendo el modelo que causa las reacciones populares de descontento.

Esto se verifica también en algunos países de Europa occidental. El ejemplo más impresionante de resistencia social contra la política neoliberal fueron las huelgas de noviembre y diciembre de 1995 en Francia. No sólo fueron medidas de fuerza y manifestaciones sin precedentes en la historia francesa (en algunas ciudades, las marchas callejeras fueron mayores que las del Frente Popular en 1936), sino que dicho movimiento fue muy impresionante debido al tipo de reivindicaciones formuladas. Reivindicaciones que aparentemente eran categoriales o profesionales y que correspondían a ciertos sectores sociales que defendían sus “privilegios”; pero que, en realidad, cuestionaban algunos de los fundamentos de las políticas neoliberales: defendían las conquistas sociales tradicionales de los trabajadores y el servicio público, y se oponían a las privatizaciones. Se trató de un movimiento que rechazaba lo esencial del proceso de reforma neoliberal. Sin embargo, también en este caso la expresión política fue inadecuada. La fuerza política dominante de la izquierda francesa, que posiblemente vuelva a formar gobierno en el próximo período, el Partido Socialista, si bien critica marginalmente algunos de los aspectos “excesivos” de la política neoliberal llevada a cabo por el actual gobierno conservador, en el fondo no tiene una alternativa real y acaba proponiendo políticas bastante similares.

El tercer ejemplo, del cual se habla poco pero que creo es muy interesante, es, en América Latina, el de Ecuador. Allí hubo un referéndum sobre las privatizaciones. Prácticamente todos los partidos políticos apoyaron abiertamente el proceso privatizador. El gobierno apoyó, la publicidad también, así como todas las fuerzas de la burguesía, las radios y la televisión. Había, podría creerse, un consenso universal en tomo a este asunto. Sólo algunos pequeños grupos muy marginales intentaron contraponerse a esa onda propagandística. Sin embargo, por increíble que parezca, el referéndum se pronunció contra dichas privatizaciones, ante la perplejidad de la clase dominante. Ocurre que aquí tampoco hubo expresión política de este rechazo. En las elecciones volvieron las mismas fuerzas reaccionarias, los mismos populistas y conservadores. Aquel poderoso movimiento social de rechazo al neoliberalismo acabó no encontrando una expresión política creíble y eficaz.

Otro fenómeno, un poco más reducido aunque también lo encuentro interesante, es la conferencia que hubo en Chiapas contra el neoliberalismo. Es la primera vez que se organiza a

escala mundial un encuentro de todos los adversarios del neoliberalismo, con participación de fuerzas políticas, sindicales y movimientos sociales. Todo esto es todavía muy embrionario, muy difuso, muy heterogéneo, no podemos pensar que de allí va a salir una alternativa; pero también es un elemento que demuestra la existencia de un sentimiento de insatisfacción que busca una expresión política que todavía no se manifiesta. Obviamente, no es la conferencia de Chiapas la que va a poder construir una expresión política efectiva en esta búsqueda de alternativas.

La situación en que nos encontramos hoy en día permite reconocer que el neoliberalismo está en crisis, que es incapaz de resolver los problemas económicos y sociales que él mismo produce, aunque no por ello se vislumbra que desaparecerá o declinará en un futuro próximo. Por el contrario, es previsible que los gobiernos neoliberales sean reemplazados por otros gobiernos neoliberales, más a la izquierda o más a la derecha. Los ministros neoliberales como Cavallo serán sustituidos por otros Cavallos. Si no aparece una alternativa creíble capaz de poner en práctica un programa radical de transformación social, continuará la repetición de las mismas políticas con otra etiqueta. Se difunde una sensación social cada vez más generalizada de que el neoliberalismo es un impasse, pero mientras ese sentimiento no se traduzca en una expresión política consecuente, coherente, realista y radical, no podremos salir del brete.

Robin Blackburn

A pesar de que estoy de acuerdo con mucho de lo que fue dicho, me gustaría llamar la atención sobre una cuestión analítica que no ha sido objeto de discusión. Por razones obvias, el debate estuvo principalmente centrado en el ámbito de las políticas gubernamentales y de las relaciones sociales de ellas derivadas.

Observamos, por un lado, el carácter hegemónico del neoliberalismo. Por otro, destacamos las diversas formas de resistencia social a dicho proyecto, aunque tal resistencia no parezca crear un polo de atracción hegemónico alternativo que pueda sustituir la política dominante en la esfera del Estado. De una forma extraña, la tesis de Göran Therborn es correcta. La primera cuestión paradójica es que la izquierda parece estar tan involucrada en este proceso como la derecha. Según ha sido destacado, podemos estar muy felices con la derrota del ala conservadora en Polonia, aunque la elección del gobierno de izquierda no ha traído aparejada una modificación sustancial en las políticas gubernamentales de aquel país. El gobierno laborista neocelandés y la administración socialista española, por su parte, también desempeñaron un papel importante en la introducción de reformas neoliberales. Mirando hacia el futuro, me preocupa la cierta probabilidad de que el próximo gobierno laborista en Inglaterra no sea otra cosa que un capítulo más en el proceso de modernización iniciado por Margaret Thatcher. Una reforma que desde 1991 se encuentra en un impasse y que Tony Blair ha prometido renovar, al destacar la necesidad de no acabar con el proceso privatizador y de continuar introduciendo nuevos mecanismos de mercado en la sociedad inglesa. En el actual discurso laborista podemos reconocer una cierta filosofía social asociada a un tipo de retórica que convoca a una solidaridad moralizante, aunque esto no es suficiente como para suponer que el gobierno de Blair va a resistir a la marea neoliberal. Las tendencias neoliberales en los partidos de centro izquierda se han convertido en una característica recurrente en la coyuntura que atravesamos.

Sin embargo, esto nos lleva a otro terreno sobre el cual me gustaría que pudiéramos discutir. Me refiero a la esfera de la producción y del proceso de acumulación. Creo que debemos juzgar al neoliberalismo en sus propios términos, como una filosofía económica con la pretensión por restablecer niveles de lucratividad que permitan crear condiciones orientadas a una explosión global de desarrollo. Si analizamos el mundo capitalista avanzado, y el capitalismo tomado en su conjunto, veremos que el neoliberalismo no rompió con el ciclo recesivo. El desempleo se mantiene en un alto índice o ha aumentado en los países industrializados, con excepción de Japón, aunque allí también hay señales de un incremento en las diferentes formas de desempleo.

Las tasas de ganancia, que son críticas en el proceso de acumulación, no han experimentado una recuperación sostenida. Al mismo tiempo, una dinámica que está creando problemas cada

vez más complejos es el hecho de que viejos capitalistas con inversiones macizas en parques industriales entran en contradicción con nuevos productores capaces de minar su tasa de ganancia y sus niveles de ventas. El papel desempeñado por los llamados NICs (Newly Industrialised Countries) del Sudeste asiático, y todavía en un sentido más importante, la posibilidad de que China o inclusive Vietnam puedan surgir como un gran eje de presión sobre la tasa de ganancia, constituyen una expresión clara de este proceso. O sea, ciertos productores de esta región pueden alcanzar una tasa de ganancia media capaz de deprimir significativamente aquella que obtienen los “viejos” grupos económicos localizados en los centros tradicionales del sistema capitalista. Esta es una cuestión fundamental de la cual el neoliberalismo no puede escapar.

Podemos observar dos dimensiones importantes en dicho proceso. Primero, esta presión económica no está siendo organizada por el pensamiento y las formulas neoliberales, mucho menos es producto de ellas, sino que reposa sobre otros principios que el neoliberalismo no puede explicar adecuadamente. Usando la ortodoxia neoliberal no podemos comprender el aumento progresivo en el poder económico de Japón, Taiwán, Corea del Sur, China, y no muy lejos de ellos, Vietnam. De hecho, en este grupo de países tenemos dos naciones comunistas que difícilmente puedan ser consideradas especímenes puros de neoliberalismo, aunque no hay dudas de que en ellas existen muchos elementos fuertes de organización capitalista de la economía. Varios analistas neoliberales, por ejemplo, se muestran preocupados con la fuerza del sector público en China, país que acaba de sobrepasar a Japón en su superávit comercial con los Estados Unidos. Se trata de un desarrollo realmente notable. En el ámbito de la producción, otra forma de capitalismo parece estar superando el modelo neoliberal. Estas cuestiones constituyen un gran desafío teórico, y en gran medida político, para el todavía dominante modelo hegemónico del neoliberalismo.

No obstante, podemos reconocer que ha habido un cierto grado de recuperación con relación a las tasas de desempleo en algunas naciones del capitalismo avanzado. De cualquier forma, tal recuperación es modesta y frágil, sobre todo en los Estados Unidos, donde el estancamiento de los salarios de la clase trabajadora ya tiene una historia de más de dos décadas (el crecimiento de los salarios ha sido cero, al mismo tiempo en que ha aumentado la intensidad del trabajo). Gran parte del crecimiento de los empleos ha sido en actividades de medio tiempo y sin garantías sociales. De allí que dicha recuperación sea, en gran medida, precaria. En el caso británico, y hasta cierto punto también en el norteamericano, la economía productiva no experimentó una verdadera recuperación. En el caso de los Estados Unidos, parcialmente debido a la desvalorización del dólar en relación al yen y al marco. Aun así, el margen de lucro es muy insatisfactorio, del mismo modo que las condiciones sociales ofrecidas a la masa de ciudadanos. Hay una gran insatisfacción social latente. Por eso sostengo que debemos prestar el debido cuidado analítico al campo de la producción y de la acumulación de capital. En este campo, ellos tendrían que haberle devuelto una cierta cuota de salud al sistema capitalista. Y no lo hicieron.

Todo esto es todavía más claro en Europa, donde Maastricht, como programa neoliberal, ha tenido muchísimas dificultades y poco éxito, además de una intensa resistencia social. A pesar de Maastricht no se consiguió restablecer la competitividad de las economías. Es cierto que, en la lógica del neoliberalismo, resulta ingenuo esperar que todos tengan la chance de vencer. Sin embargo, lo curioso en las actuales condiciones es que, por el momento, todos parecen estar perdiendo.

En tal sentido, si bien debemos realizar una crítica moral al neoliberalismo, no debemos limitarnos a ella. Precisamos traducir esa crítica en un conjunto de reformas económicas e institucionales concretas. La defensa del sector público y de una esfera de derechos iguales para todos son principios que continúan siendo tan válidos como en el pasado. Sin embargo, paradójicamente, sólo pueden ser alcanzados si tomamos la ofensiva contra el capital en el sector privado de la economía, que es realmente el sector dominante, el motor del crecimiento.

Debemos seguir apostando a la construcción de nuevas formas de socialismo, discutiendo el propio proceso de acumulación, y naturalmente, debemos ganar el apoyo popular en esta tarea. Ganar el apoyo de los pobres y de los excluidos, pero también el de una amplia gama de trabajadores y sectores medios que pueden y deben ser conquistados para el desarrollo de

formas realistas que conduzcan a un control social del capital, en una primera instancia, y en una segunda hacia medidas más ambiciosas de socialización.

Luis Fernandes

Mi pregunta se sitúa dentro del tema que estamos discutiendo, aunque quizás va un poco más allá. Me parece que en el balance se presentan dos cuadros generales. En Europa Occidental y Oriental hay un inicio de crisis política por parte de las fuerzas que encabezaron el proceso de implantación del proyecto neoliberal. Sin embargo, lo que surge como alternativa, a pesar de que tiene un semblante de oposición a veces muy marcado, cuando asume el poder no se traduce en una alternativa real a las políticas antes implementadas. Ese es el cuadro general. Creo, sin embargo, que la situación de Rusia no es exactamente la misma que la del resto de Europa Oriental. En el campo de alianzas de Ziuganov había una alternativa que incluso mezclaba elementos de gran chauvinismo ruso. La victoria de Ziuganov hubiera sido distinta a la de los otros partidos en Europa Oriental, aunque como esto no ocurrió poco podemos discutir al respecto.

Aquí, en América Latina, por otro lado, estamos todavía un paso más atrás de todo esto. La tendencia política dominante ha sido la del continuismo, como lo demuestran los casos de Brasil, México, Argentina y Perú. Tanto es así que en los países de la región el tema político central es la reelección presidencial.

La pregunta que se deriva de todo esto es por qué nosotros no hemos sido capaces de acumular fuerza suficiente como para presentar una alternativa efectiva al neoliberalismo. ¿Cuáles son los problemas teóricos que han impedido a la izquierda madurar esta alternativa? ¿En qué medida no enfrentamos hoy una profunda crisis teórica que ha contribuido directa o indirectamente a esa ausencia de alternativas o a la fragilidad que ellas manifiestan cuando existen? Creo que esta cuestión es parte de la crisis política de la izquierda: la ausencia de alternativas esconde, en cierto sentido, un elemento de crisis teórica.

Atilio Boron

Quisiera hacer algunos comentarios al respecto. No quiero pecar de excesivo optimismo, pero creo que debemos recordar la célebre fórmula granisciana: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. El desánimo y la desmoralización que a menudo cunden en la izquierda tienen un sentido que va más allá de lo simplemente práctico, penetrando también en el plano de la teorización. Me parece importante destacar que, por lo menos en el ámbito latinoamericano, y pasados ya dos años de nuestro diálogo anterior, el modelo todavía no se agotó, aunque su tendencia al crecimiento se ha frenado.

La situación de Francia que ya fue mencionada; algunos datos sobre Alemania y la derrota de Berlusconi un hecho muy importante ya que él era un símbolo no solamente del proyecto neoliberal sino también de las potencialidades de manipulación política que ofrecen los medios de comunicación de masas- son indicadores muy positivos en este sentido.

Al mismo tiempo, hay otras cuestiones que podemos discutir y que tienen que ver con lo que Robin Blackburn planteó anteriormente. Cuestiones que remiten a su trabajo *Socialism after the crash*, donde analiza los regímenes mixtos que parecerían ser los núcleos más dinámicos de la economía mundial, regímenes que poco tienen que ver con el neoliberalismo. En el Sudeste asiático, por ejemplo, hay palabras que no tienen traducción.

“Desregulación” es intraducible al japonés o al coreano; simplemente, porque no hay palabras para describir la cuadratura del círculo. Como sucede en América Latina, donde no existe traducción para *accountability*”. Según nuestras prácticas políticas los gobiernos no son, por definición, *accountable to the people*. Por lo tanto, dicha palabra sobra en nuestro léxico político.

En segundo lugar, quería tomar la inteligente provocación de Göran Therborn sobre el

neoliberalismo como nueva onda de modernización. En los países latinoamericanos, si consideramos la reorganización del Estado y el avance de las privatizaciones, nadie podría seriamente demostrar que ha habido un proceso efectivo de modernización y racionalización del aparato estatal. Conuerdo con Francisco de Oliveira cuando afirma que, en el caso brasilero, la llamada modernización del Estado es apenas un eufemismo para ocultar políticas que permiten despedir masivamente empleados públicos. En Argentina y Chile, por cierto, estas reformas no fueron mucho más que eso. La reforma del Estado llevada a cabo por el gobierno de Pinochet consistió, entre otras cosas, en la creación de diez unidades territoriales artificiales, las “regiones”, que ni siquiera pueden ser identificadas con un nombre, sino por un número, y que carecen de entidad sociológica, geográfica, económica o cultural de otro tipo. Evidentemente, en términos de presupuesto nacional, esto les ha permitido a los tecnócratas pinochetistas poder exhibir un “presupuesto equilibrado” y cumplir con las metas negociadas en distintos momentos con el BM o el FMI. El problema es que prácticamente todos los servicios que antes producía el Estado centralizado actualmente no los pueden ofrecer las autoridades regionales, cosa que se ve en el retroceso de los índices sanitarios y educativos de las distintas regiones. En síntesis: la tan mentada modernización del Estado a la usanza neoliberal significó transferir a unidades sub estatales (provincias, municipios o regiones, en el caso de Chile) la responsabilidad por la provisión de servicios, sin ningún esquema mínimo de tributación que permita financiarlos. Ocurre que ahora las protestas ante tamaña situación son regionales, y en muchos casos, de carácter marginal. Obviamente, las cámaras de la CNN no transmiten desde el sur de Chile cuando quinientos padres protestan porque la escuela de su municipio no funciona. Lo que realmente ha habido con esta reforma, y otras más inspiradas en ella en América Latina, son recortes presupuestarios a mansalva y un masivo despido de empleados públicos.

Un dato es alarmante: ni en México ni en Argentina se han podido estimar de forma precisa los números del déficit fiscal. Y esto es así porque los aparatos estatales han sido mutilados, los sistemas de información desmembrados y los mejores funcionarios despedidos de forma “voluntaria” o involuntaria de la administración pública. Argentina, por ejemplo, gastó seiscientos millones de dólares mediante financiamientos del Banco Mundial para despedir empleados públicos, pagándoles la correspondiente indemnización y evitando la protesta social. Ese dinero podría haber sido utilizado en programas de salud, educación o para financiar una genuina reforma del Estado y no en pagar las indemnizaciones por despidos arbitrarios. Todo esto es muy grave, especialmente si se recuerda que el tamaño del Estado latinoamericano, lejos de ir creciendo a la par de lo que ocurre en los capitalismos metropolitanos, se ha ido achicando cada vez más, aproximándose al patrón imperante en el África negra. Tal vez el neoliberalismo haya sido efectivamente una “vanguardia modernizadora”. Sin embargo, en América Latina, esta oleada neoliberal, lejos de haber mejorado el aparato estatal, lo ha empeorado, y en algunos casos, destruido irreparablemente. Ahora es el propio BM quien, como arrepentido aprendiz de brujo, comienza a urgir a los gobiernos de la región para que reconstruyan sus aparatos estatales...

En relación a las tres posibilidades de lucha que plantea Therborn, creo que hay que dar la batalla defendiendo, resistiendo, y al mismo tiempo, desarrollando una agenda que nos permita resolver todos estos problemas. No alcanza sólo con resistir. Ahora bien, resistir y aceptar al mismo tiempo que el neoliberalismo representa la lógica inexorable del desenvolvimiento histórico tampoco me parece una buena alternativa. Este es un proyecto que obedece a intereses muy claros y estamos obligados a pensar en una alternativa efectiva que nos permita dejar atrás todo este espanto. El problema central sigue siendo cómo elaborarla, y más aún, cómo hacer que una tal alternativa se haga carne en la conciencia de las clases populares. A esto precisamente se referían Löwy y Therborn cuando se preguntaban cómo pasamos de la resistencia social a la resistencia política.

Luis Fernandes planteó con todo acierto el tema de la teoría. Se dice que Keynes fue el Marx burgués; precisamos algo así como un Keynes del proletariado, capaz de traducir estas preocupaciones y opciones morales y filosóficas en un esquema integrado de política económica. De todas maneras, corremos el riesgo de padecer el síndrome del ciempiés que, por querer coordinar cada uno de sus movimientos, acaba inmobilizado y sin poder avanzar. En el fondo, el esquema keynesiano era increíblemente sencillo. Keynes era un hombre muy práctico y quería re equilibrar al capitalismo manipulando un puñado de variables estratégicas,

como el empleo, la tasa de interés, el tipo de cambio, la inversión pública, etc. La impresión que tengo es que las izquierdas latinoamericana y europea están queriendo volver a escribir El Capital para responder a esta crisis. Y lo que hace falta es algo mucho más sencillo.

Göran Therborn

Puede ser que la experiencia empírica del neoliberalismo en cuanto a la reorganización del Estado sea, en América Latina, completamente negativa. Sin embargo, lo que quiero destacar es que un enfoque modernista no implica, necesariamente, un Estado mejor. Debemos distinguir, por una parte, los logros y los efectos sociales de dichas reformas, y por otra, la lógica del discurso. Esto es fundamental para dar batalla efectiva al neoliberalismo. Los estudios y documentos del Banco Mundial, por ejemplo, representan un enfoque analítico racionalista que, a pesar de ser una perspectiva economicista, limitada y parcial, representa un impulso modernizante de carácter hegemónico. En esta racionalidad se produce el vínculo entre el neoliberalismo como superestructura ideológico-política y los procesos de acumulación.

Con respecto a la pregunta de Luis, no tengo ninguna receta para la izquierda latinoamericana. Sin embargo, creo que hay tres diferencias fundamentales entre América Latina y Europa que me gustaría subrayar. En primer lugar, es importantísimo aquí, tal como lo he señalado, el papel desempeñado por la estabilización de la moneda. No ocurre lo mismo en los países europeos. En segundo término, la izquierda realmente existente es, en Europa, más clasista. Me sorprendió mucho, cuando Pablo me envió varios datos sobre la distribución del voto en Brasil, que la diferencia social del electorado del Partido de los Trabajadores y de las fuerzas conservadoras en Río de Janeiro y San Pablo, por ejemplo, es mínima. En Europa hay instituciones de clase (partidos y sindicatos) que marcan una resistencia clasista mucho más marcada. Por último, en los países europeos, al menos en los de Europa Occidental, los gobiernos deben dar al electorado alguna cuenta sobre sus acciones. El hecho de que las administraciones neoliberales no han evitado los costos sociales de sus políticas económicas ha producido una reacción inmediata de las clases populares.

Emir Sader

Creo que es importante lo que afirma Luis respecto a la dimensión teórica de la crisis. Los términos de la lucha histórica cambiaron menos de lo que se suele decir, aunque hay una dimensión teórica de la crisis que no está a la altura de lo que plantean los desafíos actuales. Ahí sostengo lo que dice Göran. El elemento más fuerte del neoliberalismo, desde el punto de vista de una eventual modernización, es la lucha anticorporativa. A esto la izquierda no ha respondido. Corporaciones dentro del Estado, corporaciones en la sociedad, derechos corporativos que chocan con derechos de la ciudadanía globalmente, de la economía nacional, de la universalización misma de los derechos. Es significativo que nosotros usamos el término "hegemonía" para hablar de la hegemonía neoliberal. No nos hemos planteado el tema de cuáles son los términos de una nueva hegemonía. Y en términos gramscianos, la palabra que se opone a "corporativo" es "hegemónico".

El movimiento social queda abandonado a sí mismo porque, sin los partidos, la intelectualidad no le propone nuevos términos hegemónicos. Ellos se defienden, resisten, pero muy a menudo en la trampa del corporativismo. El sector más fuerte hoy en la Central Unica dos Trabajadores son los empleados públicos, y es dudoso si defienden intereses democráticos socializables para el conjunto de la sociedad. Más allá del derecho a un salario razonable que cualquiera tiene, lo cierto es que pocas veces se cuestiona la pésima calidad de los servicios públicos para el conjunto de la población en países como Brasil.

Debemos discutir cuál es el sujeto de una nueva hegemonía; pero también qué alternativa tenemos para pasar en limpio a ese estado, para evitar quedar condenados a una postura estrictamente defensiva que acabe tratando de preservar cuestiones indefendibles para el conjunto de la sociedad. Nosotros debemos ser los principales interesados en la reforma del Estado.

Evidentemente, con la crisis de la intelectualidad y de las relaciones sociales hay una crisis de la forma "partido".

Sea por las dimensiones de la lucha social, sea por la diversidad de identidades, el partido debe tener un rol fundamental en cualquier proceso de transformación social. Hegemonía significa la existencia del partido como formulador de proyectos hegemónicos y de propuestas de bloques de clase alternativos, aunque él debe desempeñar un rol de dirección político ideológica más que de dirección de luchas sociales concretas.

No hay paradigmas generales, aunque podemos recuperar la experiencia del Movimento Sem Terra en Brasil.

Ellos lucharon durante quince años discriminados incluso en el seno de la izquierda, La imagen pública que de ellos trataba de imponerse era la de campesinos violentos y asesinos. Una imagen que sintetizaba la pretensión por criminalizar la lucha por la tierra, y que perduró durante años. Sin embargo, por detrás de eso había otra realidad: asentamientos rurales que funcionan hace más de una década con un nivel de productividad mucho más alto que el promedio de la agricultura brasileña; experiencias con un nivel de vida colectiva y comunitaria extraordinario, donde se respeta y viabiliza la propiedad individual cuando el campesino la quiere, pero donde también se garantiza la utilización colectiva de los medios productivos, de la comercialización; donde se desarrollan sistemas de financiamiento de los que ya tienen tierra hacia los que van a realizar futuras ocupaciones. Sólo se descriminalizaron cuando una dirigente campesina fue tomada prisionera y apareció esposada en la primera página de los periódicos, acusada de formación de cuadrilla y de formar parte de una banda ilegal. Esto ocurrió el mismo día en que Paulo César Farias era liberado después de ser acusado, él también, de pertenecer a una banda clandestina. Fue un escándalo nacional. A partir de allí, los Sem Terra comenzaron a aparecer con otra imagen. Hoy son más de seiscientos mil asentados y muchos más en campamentos provisionarios.

Ellos legitimaron el derecho al trabajo, legitimaron la ocupación de tierras no ocupadas. Al igual que los campesinos de Chiapas ellos tampoco se detuvieron frente a lo que es legal. Lograron legitimar lo que es legítimo, lo que se puede, lo que se debe. Mostraron los límites de la institucionalidad vigente. Fue el único movimiento que tuvo y tiene iniciativas constantes en el plano económico, social y político. Posee una estructura educacional que hace que no haya niños fuera de la escuela, además de un sistema de formación de técnicos en cooperativas, las cuales, por cierto, han demostrado ser económicamente viables. La cuestión de la tierra es el eje central de sus acciones, aunque también denuncian lo que fueron los acuerdos de la élite brasileña a lo largo de la historia, incluyendo la alianza actual del PSDB y el PFL que permitió elegir a Fernando Henrique Cardoso. Tiene un rol extraordinario. Es el único movimiento social que crece en Brasil y uno de los pocos que crece en el mundo. No es un paradigma, porque no hay paradigma parcial que pueda generalizarse. Pero es una escuela de socialismo. Tienen todas las formas tradicionales de organización; son casi un partido. Poseen una capacidad de iniciativa fantástica, y si bien gran parte de sus iniciativas son de carácter local, dan fuerza a lo que Perry Anderson llama la recreación de nuevas formas de lucha política alternativa.

Los Sem Terra son un modelo de lucha y de organización antineoliberal. Tienen un poder económico muy grande, por las finanzas que recaudan entre ellos, por la capacidad de movilización social económica y por las negociaciones que logran con los alcaldes locales al constituir, de hecho, una herramienta de reactivación de las economías regionales. No por nada el PT tiene grandes dificultades para relacionarse con ellos. En la medida en que se ha institucionalizado excesivamente, el PT enfrenta problemas para vincularse con fenómenos como Chiapas o los Sem Terra. El partido acaba muchas veces preso de un calendario electoral y de modalidades institucionales de hacer política que limitan mucho la capacidad de creación estratégica innovadora de su parte.

Para terminar, diría que la cuestión de la moralidad (o inmoralidad) del neoliberalismo es un asunto que debemos considerar seriamente. Cuando el gobierno brasileño usa miles de millones de dólares para apoyar a los bancos y nada para garantizar el derecho al empleo, la universalización de la salud y de la educación, estamos presencia de una lógica brutalmente

cruel. Todo puede cerrarse en el país: una escuela, un hospital, una empresa industrial. Pero si se cierra un banco, su techo cae sobre la cabeza de toda la gente.

Debemos continuar enfatizando que el Estado es el tema central. No porque debamos reducir todo a la problemática estatal, sino porque precisamos entenderlo en el sentido más amplio de la palabra: regulación económica, política de estabilidad, crisis fiscal, regulación social, control sobre el mercado. Incluso el tema económico tiene que ver con el Estado. Si no hay creación y ampliación de una esfera pública, cuestión que también tiene que ver con el Estado, aunque no se reduzca a los límites de este último, estaremos cada vez más lejos de la posibilidad de una alternativa al neoliberalismo. Retomando lo que dijo Luis, creo que todo esto tiene que ver con nuestra crisis teórica, aunque me parece que estamos precisando más de una reactualización social y económica del pensamiento de Gramsci que de Keynes del proletariado.

Robin Blackburn

Para comprender el modelo neoliberal es muy importante algo que Pablo ha dicho y sobre lo cual me interesaría plantear rápidamente algunas observaciones: el proceso de “dumping” social característico de las políticas neoliberales. Se trata de una cuestión que está adquiriendo dimensiones profundas en el mundo moderno y que provoca reacciones tanto morales como sociales, y espero que, eventualmente, también políticas. Es como si las fórmulas neoliberales y las instituciones del neoliberalismo global estuvieran creando un círculo vicioso. Tal vez aquí yo me distancie de Göran Therborn, porque, a pesar de considerar esto como una dimensión de la modernidad capitalista, creo que corresponde mucho más a lo que llamabamos comúnmente imperialismo americano. De cierta forma, su funcionamiento se corresponde con la dinámica del viejo capital y sus métodos de defensa contra los nuevos complejos capitalistas, sobre todo a los ya mencionados del Sudeste Asiático, y en un grado menor, contra las formas europeas del llamado “capitalismo renano”, que no obedecen integralmente a las fórmulas neoliberales. Es por eso que en los capitalismo anglosajones se intenta descartar cualquier elemento de control social y político del proceso económico, tal como lo vemos en otras regiones. El “dumping” social, en consecuencia, no sólo ocurre en la propia esfera de la producción sino también en la de las políticas públicas.

Al examinar el proceso histórico de la revolución industrial en la Inglaterra del siglo XIX, no pude menos que asombrarme ante la increíble correspondencia existente entre las terribles condiciones laborales imperantes en las fábricas inglesas y las que prevalecían en las plantaciones esclavistas norteamericanas.

De alguna manera ambas estaban ofreciendo condiciones propicias para el desarrollo de un cierto tipo de capitalismo que pudo prolongarse sólo hasta el momento en que aquellas desaparecieron: con la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos y con la introducción de múltiples regulaciones en el mundo fabril inglés, como por ejemplo la célebre Factory Act. Si a esto sumamos el reconocimiento de los sindicatos, el control social del trabajo de mujeres y niños, las campañas de la Primera Internacional para reducir la jornada de trabajo primero a diez y luego a ocho horas, comprobamos cómo todo un conjunto de restricciones se fue imponiendo sobre el capitalismo, no sólo en el Reino Unido sino a escala internacional. En síntesis: esto produjo un círculo virtuoso de elevación de las condiciones laborales mediante el cual las luchas y las conquistas sociales de los productores y trabajadores de una parte del globo se transmitían, mejorando la suerte de sus camaradas de otros países.

Este círculo virtuoso hoy ya no existe, al menos en esta fase del capitalismo. Es cierto, se ha abolido la esclavitud, pero tenemos trabajo infantil, una suerte de “trabajo forzado” que según ha estimado la UNICEF afecta a unos trescientos millones de niños de todo el mundo, una cifra vastamente superior a la del número de esclavos que existía en el apogeo del esclavismo en el siglo XIX. Este fenómeno del trabajo infantil presiona hacia la baja de los salarios no sólo de los obreros ingleses sino también de los de la India o Bangladesh, donde las hilanderías y firmas textiles desplazan el trabajo de las mujeres por el de adolescentes o niños, contratados con salarios muy bajos y atentando irreparablemente sobre sus condiciones de salud.

Este círculo vicioso es característico del neoliberalismo y no sólo configura una grave situación

de dumping social sino que, al mismo tiempo, recorta gravemente los derechos sociales. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde el tema del trabajo infantil está más controlado, la alternativa es el trabajo de los "indocumentados", y algo similar ocurre en el Reino Unido. El gobierno inglés, mientras tanto, interesado en promover la competitividad internacional de Gran Bretaña, propone acentuar la desregulación de la jornada de trabajo. Hoy, en mi país y como resultado de esta política, se trabaja en promedio cinco horas más por semana que en Alemania o Francia.

El método clásico para combatir esto en el pasado ha sido el de organizar grandes campañas mundiales tendientes a reducir la jornada de trabajo o a establecer nuevas regulaciones laborales. Hoy en día la OIT está haciendo algo de esto: presiona por condiciones mínimas de trabajo, por el reconocimiento de los sindicatos, etc. Pero necesitamos nuevas formas y métodos de lucha para poder resistir al neoliberalismo: cambios en las políticas sociales de los países, mayor control sindical sobre las decisiones de la firma, campañas en favor de una "inversión ética" que impida que las empresas inviertan en países que practican el "dumping" social, etc. En relación a esto último me sorprende que la izquierda socialista y comunista no haya planteado el tema del trabajo infantil, algo que los "burgueses éticos" vienen haciendo hace ya un tiempo; o que no haya desarrollado una estrategia, conjuntamente con los sindicatos, para intervenir en las asambleas de accionistas y democratizar en cierta forma las decisiones empresarias. La izquierda necesita urgentemente avanzar en la socialización del capital, no sólo del mercado, y apelar a nuevos, ingeniosos, y a veces extraños mecanismos de intervención social.

Michael Löwy

Quería retomar algunos de los comentarios de Therborn en relación al movimiento obrero brasilero y latinoamericano. En Brasil, concretamente, el PT y la CUT representan un movimiento obrero clasista de tipo clásico; quizás, más clasista que la izquierda europea tal como existe hoy en muchos países. Es verdad que, en América Latina, la resistencia al neoliberalismo está lejos de ser únicamente proletaria sino que es mucho más amplia. Incluye, en primer lugar, a los movimientos campesinos, como lo subrayó Emir, y a los sectores indígenas, como hemos visto en México. Incluye también a toda una masa de gente que sencillamente es pobre, lo que algunos cristianos llaman el "pobretariado", un sujeto social de lucha y de resistencia al neoliberalismo tan importante como la clase obrera clásica.

Quisiera dar un ejemplo que a mí me ha impresionado mucho. En Haití hay poquísimos obreros en el sentido marxista clásico, pero hay una masa de pobres que lucha hace años, primero contra la dictadura y ahora contra el neoliberalismo. El año pasado hubo elecciones parlamentarias y sucedió algo que no ocurrió en ninguna otra nación latinoamericana, o tal vez del mundo: ganó la izquierda con más del sesenta por ciento de los votos... Una izquierda que, por lo menos en su programa, formulaba su negativa al neoliberalismo y a las políticas de los organismos financieros internacionales. Hace unas semanas estuvo en Haití el presidente del FMI y dijo que quería reunirse con el Parlamento para explicarles la necesidad de las privatizaciones. La mayoría de los diputados se recusó diciendo que no tenían interés de discutir con él. Tuvieron la insolencia de rechazar una discusión nada menos que con Michel Candessus. Claro, no soy muy optimista. Creo que la resistencia de Haití no va a durar mucho y tarde o temprano serán obligados a alinearse, a capitular, porque en un país pequeño es sumamente difícil resistir aislado a las presiones de los órganos financieros internacionales. Pero es un ejemplo de resistencia popular, de acción política del "pobretariado", una resistencia que existe, a veces explícita y a veces potencialmente, en América Latina.

Göran se refería a la racionalidad del Banco Mundial. Estoy de acuerdo con él, aunque debemos destacar que se trata de una racionalidad parcial, instrumental y en los límites de la lógica de acumulación de capital tal como ella se caracteriza en el proceso de globalización actual. Una racionalidad absolutamente negativa desde el punto de vista de las necesidades sociales, incapacitada para resolver el problema del desempleo y del empobrecimiento del Tercer Mundo, la crisis ecológica, etc. Desde este punto de vista, se trata de una racionalidad que, dialécticamente, se expresa como su contrario, como una verdadera irracionalidad.

Permítanme unas palabras sobre el problema de las alternativas. No creo que tengamos que reinventar la pólvora o la rueda. La alternativa al sistema en que vivimos, el capitalismo en su forma neoliberal, es el socialismo. Una vez que hemos hecho el balance crítico de la así llamada experiencia, del “socialismo real”, volvemos a encontrar en el marxismo y en la tradición del pensamiento socialista los instrumentos y las armas necesarias como para formular una alternativa. En este sentido, reafirmo lo que ha planteado Robin, la expropiación de los expropiadores sigue en el orden del día. Debemos enriquecer esa herencia teórica del socialismo con el aporte de una serie de movimientos sociales nuevos. Pero no se trata de descubrir una nueva fórmula, una nueva teoría, una nueva alternativa, sino de enriquecer nuestra tradición marxista y socialista con una serie de aportes nuevos que efectivamente han sido planteados por los movimientos sociales, por la ecología, por el feminismo, por el movimiento de consumidores, etc.

Obviamente, no podemos plantear esto como una tarea abstracta e inalcanzable; o sea, afirmar, por ejemplo, que si la alternativa es el socialismo debemos salir de la mañana a la noche a expropiar a los capitalistas. Precisamos empezar con demandas concretas que correspondan a las necesidades de la gente. Esas demandas tienen hoy en día una lógica muy radical. Se enfrentan con el neoliberalismo y con los fundamentos mismos de la acumulación de capital. Por ejemplo, cuando planteamos la simple defensa de los derechos sociales (que ni siquiera es una reforma, ya que se trata de mantener algo que nos está siendo quitado), estamos defendiendo viejas conquistas de los sindicatos, de la socialdemocracia o del New Deal, que ni siquiera llegó a ser socialdemócrata. Defender estas conquistas es explosivo, ya que la actual lógica de la acumulación de capital es incompatible con esos derechos. Esta lucha puede tener resultados muy radicales. Lo hemos visto en Francia, donde la gente salió a la calle defendiendo los servicios públicos y las pensiones, cosas muy simples, que no tienen nada de revolucionario, pero que marcan una dinámica de enfrentamiento profunda con el neoliberalismo y con el capital.

Obviamente no podemos contentarnos con defender las conquistas alcanzadas, sino que hay que plantear avances, como por ejemplo la reducción de la jornada de trabajo. Un planteamiento que no garantiza la construcción del socialismo o el fin de los monopolios, pero que tiene una lógica radicalmente contraria a la política de modernización neoliberal y a su permanente creación de desempleo de masas. En la medida en que se racionaliza el proceso de trabajo se va despidiendo gente. De allí que la reducción de la jornada de trabajo es la única respuesta concreta y palpable al desempleo, una respuesta que choca con la lógica de la globalización neoliberal.

Otro ejemplo evidente es la anulación de la deuda del Tercer Mundo. Se trata de una demanda inmediata, pero con implicancias muy importantes, ya que si el conjunto de los países del Tercer Mundo imponen el no pago de la deuda se producirá un cambio substantivo en la relación de fuerzas a escala mundial, lo que va a plantear problemas graves al sistema financiero internacional. Son demandas limitadas en sí mismas, pero que tienen un potencial explosivo y con las cuales se pueden identificar muy amplias capas obreras y populares en Europa y en el Tercer Mundo.

Creo que a partir de estas cuestiones podemos empezar a pensar en una alternativa histórica de largo plazo, y al mismo tiempo, en estrategias que partiendo de lo concreto contribuyan a la transformación estructural de la sociedad.

Göran Therborn

Me gustaría volver sobre la discusión de los derechos fundamentales de los trabajadores planteada anteriormente por Robin. Con relación a esto, hay un problema político importantísimo que debemos reconocer: la frontera de batalla será contra los países asiáticos, contra los empresarios y los gobiernos de India, Paquistán, China, Malasia, Bangladesh, Indonesia, Vietnam. La confrontación existe ya entre el gobierno norteamericano, la Unión Europea, y por otra parte, la Organización del Comercio Mundial. No se trata simplemente de la confrontación entre un capitalismo más popular contra los grandes monopolios y los inversores

inmorales en Inglaterra, Suecia o Estados Unidos, sino de una confrontación con las políticas de desarrollo implementadas actualmente en algunos países de Asia. En esto es en lo único que coincido con el gobierno de Clinton, sobre la organización sindical y los derechos de los trabajadores en los países asiáticos...

Atilio Boron

Sí, aunque a Clinton no parecen interesarle demasiado esos mismos derechos en México y en América Latina.

Göran Therborn

Sí, es verdad. Sin embargo, ésta es una cuestión que remite a un tema ya introducido por Emilio Taddei cuando se refería, en un debate anterior, a las tesis de Arrighi sobre un posible desplazamiento de los centros de acumulación en el mundo. O sea, ¿qué significaría el desplazamiento del centro de acumulación mundial a los países asiáticos? Si ellos no son neoliberales, ¿esto significaría un debilitamiento progresivo del propio neoliberalismo?

Atilio Boron

Göran, tú presentas ese desplazamiento como una hipótesis. Sin embargo, ¿no crees que ya se ha producido?

Göran Therborn

Sí, ha habido un cierto desplazamiento, aunque todavía es evidente que el centro del capitalismo mundial son los Estados Unidos.

Emilio Taddei

Cuando tú dices que el centro del capitalismo siguen siendo los Estados Unidos, me parece que estás concordando con la hipótesis de Giovanni Arrighi referida a que atravesamos un período de transición caracterizado por un desplazamiento del centro mundial del capitalismo hacia el eje asiático, pero que todavía Estados Unidos continúa regulando mayoritariamente la producción capitalista y el comercio internacional. En este sentido, ¿crees como él que avanzamos hacia un casi seguro desplazamiento del eje del capitalismo?

¿Compartes su visión sobre el hecho de que vamos asistiendo al fin de una onda larga capitalista y al comienzo de un nuevo período de acumulación cuyo epicentro estaría en los países asiáticos?

Göran Therborn

Lo que presenta Giovanni Arrighi es una hipótesis que tiene muy poca base empírica. Quizás sea así, aunque eso habría que comprobarlo. Es posible que en una perspectiva histórica de largo plazo veamos cerrarse el ciclo euro americano en el capitalismo mundial. Sin embargo, todo esto es bastante especulativo.

Ahora bien, en cuanto a si existe un desplazamiento del centro del capitalismo a Asia, ello plantea una serie de problemas que Robin mencionó, aunque de otra manera. Los países capitalistas o casi capitalistas de Asia no son neoliberales, pero tampoco liberales progresistas. Hay en ellos un sexismo y un patriarcado muy fuerte, además de muchísimos otros problemas y nuevas confrontaciones que debemos reconocer.

Con referencia a lo que afirmaba Michel Löwy anteriormente, yo no niego el carácter clasista del PT. Fue justamente por eso que me sorprendió que el electorado no este dividido en algunas ciudades brasileras por fuertes clivajes de clase, como en Europa, donde los votos sí se distribuyen por criterios de ingresos y de educación.

Atilio Boron

Yo quería hacer una reflexión a propósito del rumbo que toma la discusión. En términos de la economía mundial es evidente que se ha producido un desplazamiento de su "centro de gravedad" en dirección a Asia, lo cual no quiere decir que los Estados Unidos hayan dejado de ser la economía capitalista más importante del planeta o que el capitalismo europeo se encuentre en retirada. A partir de esto uno podría plantearse algunas hipótesis sobre la incierta y azarosa sobrevivencia del neoliberalismo en momentos en que éste, en tanto ideología, tiene su patria y sus raíces en zonas que están siendo relegadas por la dinámica capitalista mundial y no en las que se encuentran en la vanguardia del mismo. Me parece que sería razonable esperar que, en un tiempo no demasiado prolongado, surgieran nuevas formulaciones ideológicas capitalistas que reflejen la realidad de ese núcleo más dinámico de la economía mundial que es el Sudeste asiático.

Miremos con detenimiento el caso del Japón, la segunda economía mundial. Pese a ello, la representación japonesa en los directorios del Banco Mundial y el FMI es absurdamente minoritaria. Japón es un gigante de la economía mundial y un enano en términos de su gravitación institucional en las grandes usinas elaboradoras del discurso neoliberal. En parte por la hegemonía norteamericana aunque también si bien en mucha menor medida por propia decisión de los nipones. Pero la creciente vulnerabilidad y fragilidad del orden económico neoliberal y la enorme incertidumbre internacional generada por esas políticas están impulsando a los propios funcionarios japoneses a plantear, en algunos casos con extensos avisos pagos en los principales periódicos especializados de los Estados Unidos y Europa, sus públicas divergencias con el "fundamentalismo de mercado" promovidos por el BM y el FMI y la necesidad de asentar sobre nuevas bases el funcionamiento de la economía mundial. Por lo tanto, es preciso seguir de cerca este fenómeno, porque no sería raro que la ortodoxia neoliberal en poco tiempo más fuese a quedar abandonada por la fuerza de las nuevas realidades de la economía mundial.

De hecho, en el terreno económico, Japón, el Sudeste asiático y China de lejos las zonas más dinámicas del planeta han demostrado ser mucho más eficientes y competitivos que los países inspirados en el neoliberalismo. Y esto es lo que ya provoca una gran inquietud en los Estados Unidos y Europa, y lo que hace que sean cada vez más las voces críticas que se alzan exigiendo una modificación del rumbo económico de estos países.

Luis Fernandes

Creo que es correcto afirmar que Asia y el Sudeste asiático constituyen el sector más dinámico de la economía mundial, aunque esto no significa que dicha región sea el epicentro del sistema capitalista. Se trata de dos cuestiones distintas. Por otro lado, una cosa es la política interna de desarrollo que adoptan esos países, sobre todo Japón, y otra cómo este país se posiciona en el mundo frente a las otras naciones. Por ejemplo, aquí en Brasil estamos en medio de un litigio con Japón. Este último, a pesar de no ser neoliberal, accionó la Organización Mundial de Comercio contra el Brasil para reducir la política de protección a la industria automovilística. Evidentemente, se puede rechazar el neoliberalismo en el plano interno, y al mismo tiempo, apoyar políticas neoliberales para abrir mercados para sus inversiones.

Atilio Boron

Estoy completamente de acuerdo contigo. La expresión que utilicé es desplazamiento del centro de gravedad, del punto de equilibrio de la economía mundial. Es cierto que todavía hoy

el corazón de la economía capitalista se sitúa sobre el eje Europa Estados Unidos. Sin embargo, es evidente que la Cuenca del Pacífico está teniendo una importancia creciente e insoslayable. Ahora bien, lo que tú afirmas sobre el doble standard “neoliberales para los otros, proteccionistas para nosotros” es un rasgo evidente en la economía internacional. Expresiones tales como “fortaleza Europa” revelan precisamente esto: un discurso librecambista de los líderes europeos, que no cesan de cantar loas al mercado y a la apertura económica, y una realidad prosaicamente proteccionista. Algo similar también ocurre con los Estados Unidos.

Göran Therborn

Yo agregaría que Japón enfrenta otro problema. La cultura japonesa es muy provinciana. No tiene la visión misionaria del mundo que caracteriza al liberalismo anglosajón. Es muy poco probable que Japón o los países del Sudeste asiático puedan utilizar su poder creciente en el campo económico de forma universalista.

Robin Blackburn

Estoy de acuerdo con lo que Atilio y Luis comentaban sobre el desarrollo económico en el Este asiático. Se trata de una configuración nueva, diferente del neoliberalismo y del capitalismo anglosajón. Es más dinámico, aunque no por eso es dominante, y de hecho, el gran problema de la economía mundial es el impasse entre los dos sistemas. Básicamente, el modelo asiático es lo suficientemente fuerte como para alcanzar la posición que ocupaban en el pasado los otrora grupos dominantes de Estados Unidos y Europa. Es fuerte como para bajar el margen de lucro, sobre todo, de la industria automovilística y de otras industrias de bienes durables, así como de la industria pesada. Ha sido lo suficientemente fuerte como para bloquear por veinte años la recuperación de estos sectores en las más importantes economías capitalistas de Occidente. Sin embargo, no es lo suficientemente fuerte como para dominar la política económica mundial. Es débil como para hacerlo, no tiene el desarrollo institucional como para lograrlo. En rigor, Estados Unidos, con el apoyo voluntario o no de los estados capitalistas europeos, es lo suficientemente fuerte como para reducir la tasa de ganancia de los países del Este asiático forzando la desvalorización del yen y de otras monedas de aquella región. Lo es también para imponer a estos países ciertas reglas. Pero, por otra parte, la ideología neoliberal está obligando a los viejos líderes del capitalismo internacional a abandonar algunas de sus medidas proteccionistas. Por lo tanto, estamos frente a un impasse negativo, aún desde el punto de vista capitalista. No está conduciendo a un nuevo ciclo de desarrollo o a una nueva fórmula que pueda orientarlo.

Emir Sader

Sólo una observación sobre la naturaleza de la hegemonía y el imperialismo norteamericanos. La Guerra Fría fue un obstáculo importante para que Japón se convirtiera en un centro hegemónico mundial. A lo mejor si la Guerra Fría hubiese terminado diez o veinte años antes, esa posibilidad se hubiera dado. En tal sentido, creo que Arrighi termina su libro poco confiado en que Japón pueda ser el motor dirigente de un nuevo ciclo, ya que, de hecho, la nueva división internacional del trabajo se encuentra configurada. Por no haber aplicado un modelo neoliberal, Japón se inserta de manera muy favorable desde el punto de vista de la competitividad económica y tecnológica; pero la hegemonía norteamericana se basa en otros tres factores centrales: la hegemonía militar, la de los medios de comunicación y la de los grandes organismos financieros internacionales. La guerra de Irak fue el símbolo mismo de la vinculación estrecha entre hegemonía de los medios de comunicación y hegemonía militar. Estados Unidos no produce más televisores, aunque produce el 70% de lo que pasan los canales. Y en esto Japón no tiene cómo competir.

Menciono siempre Corea del Sur como la alternativa del milagro que se prometió que Brasil llegaría a ser. Tuvo dictadura, corrupción e hizo la reforma agraria (bajo la presión de McArthur, es cierto, pero la hizo); importó tecnología y no capitales, hizo grandes inversiones en tecnología, en investigación y desarrollo y en educación; protegió sus sectores de punta y

cuando abrió su economía logró competir de manera extraordinariamente favorable. Los índices de Corea y Brasil, que eran similares hace treinta años, hoy tienen una diferencia fantástica. Incluso, desde el punto de vista político, mientras los militares brasileños protestan porque se pagan indemnizaciones a los familiares de los desaparecidos y las víctimas de la dictadura, comienza a circular por el mundo la imagen de dos dictadores coreanos con las manos atadas condenados uno a la horca, otro a veintitrés años de cárcel, y ambos a devolver trescientos millones de dólares cada uno.

Desde el punto de vista político tenemos algo que aprender de la experiencia coreana. Pero es una oportunidad perdida. Hubiera sido un camino posible, pero la misma Guerra Fría bloqueó esta posibilidad ubicándonos en el patio trasero de los Estados Unidos.

Pablo Gentili

Volviendo al plano de las alternativas, ¿cómo se posicionan ustedes frente a la necesidad de defender lo que algunos intelectuales críticos, como John Roemer, llaman “socialismo de mercado”? Si concuerdan con esta propuesta, ¿cómo creen posible compatibilizar criterios de competitividad y eficacia económica en un sistema globalizado, formas de propiedad características del mercado y el irrenunciable principio socialista de la lucha por la igualdad?

Michael Löwy

Creo que este tema hay que discutirlo en profundidad porque una de las características centrales del neoliberalismo es hacer del mercado una religión. La sacralización del mercado se ha transformado en una victoria ideológica del neoliberalismo, quizás la más grande. La lógica mercantil está siendo aceptada como una ley de la naturaleza, como un dato incuestionable, inclusive por amplios sectores de la izquierda. Por eso considero que cualquier enfrentamiento con el neoliberalismo implica una desacralización del mercado, su necesaria desmitificación y el desarrollo de un planteo crítico que lo reconozca como parte de un sistema económico que no tiene nada de natural, de fatal o de inevitable.

Ahora bien, sobre la relación entre mercado y socialismo debo decir francamente que tengo una posición bastante extrema o “dogmática”. Veo una contradicción intrínseca entre la idea de socialismo y la realidad del mercado. El mercado, por su misma estructura, es una forma de alienación, su dinámica y sus procesos escapan al control de los individuos, de los productores o de los consumidores. El socialismo, en su núcleo más fundamental, implica contrariamente un control racional y democrático del proceso de producción por parte de la sociedad, de los productores y de los individuos. El mercado está fundado, por definición, en la producción de mercancías, es decir de valores de cambio. El socialismo implica un proyecto basado, entre otros elementos, en la producción de valores de uso, los cuales asumen un carácter determinante y orientador de todo el proceso productivo.

El mercado genera desigualdades, acumulación de mercancías, el empobrecimiento progresivo de un polo de la sociedad en función del enriquecimiento de otro. El socialismo plantea la igualdad.

En una economía capitalista los precios resultan del despliegue de una serie de dinámicas llamadas “leyes del mercado”. Por el contrario, en una economía socialista, deben ser el resultado de decisiones democráticas de una sociedad que puede determinar, por ejemplo, que tal o cual mercancía o servicio se vende a un precio inferior a su costo, o que es gratuita, haciendo abstracción de las supuestas leyes que gobiernan la esfera del mercado.

Las inversiones en el capitalismo se dan en función de la rentabilidad mercantil de cada rama de producción. En una economía socialista las inversiones son producto de necesidades sociales determinadas democráticamente en su conjunto. El debate acerca de si se prioriza la producción de automóviles o de medios de transporte públicos no es, en una sociedad igualitaria, una cuestión que se deja liberada a las leyes del mercado, sino que resulta de una

planificación democrática. De allí que existe una contradicción intrínseca entre socialismo y mercado. Una contradicción inherente a la propia definición de los términos en discusión.

Dicho esto, y volviendo a una cuestión ya clásica en el pensamiento de Marx y del marxismo, me parece evidente que plantear la abolición del mercado supone un larguísimo proceso histórico. El proceso de transición al socialismo implica, creo yo, una dinámica de lucha entre la lógica democrática de la planificación y la ley del valor. Un proceso durante el cual el mercado, obviamente, va a seguir funcionando. La transición al socialismo es necesariamente una problemática de articulación entre planificación democrática y mercado. Toda tentativa de eliminar el mercado por decreto, o intentar autoritariamente destruirlo, ha traído consecuencias catastróficas para las sociedades que pretendieron hacerlo. Existen muchísimas experiencias que así lo demuestran. Se trata efectivamente de controlar el mercado, de socializarlo en un proceso de transición histórica entre el capitalismo y el socialismo.

Hoy en día, las contradicciones que el propio mercado plantea han dado origen al desarrollo de movimientos de consumidores que no cuestionan la existencia misma de una esfera mercantil, sino justamente sus contradicciones internas. En tal sentido, dos propuestas a las que Robin Blackburn se ha referido me parecen muy interesantes: el control efectivo de los accionistas sobre las actividades de sus empresas, y de los trabajadores y pensionados sobre los fondos de pensiones. Hay toda una serie de demandas concretas que se aprovechan de las contradicciones del mercado, eso es evidente. Pero, para mí, esto no deja de implicar que, en el largo plazo, la lógica del socialismo es contradictoria con la lógica del mercado. Se podría decir, como Keynes, que en el largo plazo todos estaremos muertos. Sin embargo, me parece importante tener presente que el horizonte histórico del socialismo implica una lógica económica distinta a la que impone el mercado.

Atilio Boron

Estoy completamente de acuerdo con lo que acaba de plantear Michael, de modo que me limitaré a señalar tan sólo lo siguiente: vistas las cosas desde el ángulo de la teoría política, cuando consideramos a los mercados y al funcionamiento de la democracia socialista observamos dos lógicas totalmente contradictorias e incompatibles.

El principio sobre el que se fundamenta la democracia socialista es la justicia, mientras que el del mercado es la ganancia; la lógica de la democracia es ascendente y reposa sobre la soberanía popular, mientras que la de los mercados es descendente y descansa sobre el dinamismo de sus sectores más concentrados. La democracia, aún en su forma imperfecta, como la que existe en los capitalismo democráticos, se caracteriza por una dinámica inclusionista que se contraponen con las tendencias segmentadoras y marginalizantes de los mercados. De manera que, en el largo plazo, no hay posibilidades de reconciliación. Son estructuras, lógicas de funcionamiento e invenciones sociales incompatibles entre sí. Lo que sí puede haber es una “cohabitación” mientras se materializa en un proceso histórico sin dudas de larga duración la superación de los mercados. Por eso es que yo propondría para la izquierda un planteo político flexible, en la medida en que hubiese clara conciencia de la existencia de tal radical incompatibilidad entre democracia y mercados mucho más si se trata de una democracia socialista y de que la historia puede colocar a las fuerzas socialistas ante la necesidad, en el sentido en que Maquiavelo utilizaba la expresión, de tener que gobernar durante un largo período histórico a países cuya organización económica responde en mayor o menor medida a la dinámica de los mercados. Lenin y Gramsci reflexionaron largamente sobre este tema, sobre el hiato que separaba el triunfo de la revolución socialista de la construcción efectiva del socialismo, impensable sin la cuidadosa “reconstrucción” de los mercados. En suma: el socialismo y los mercados no se aman, pero tal vez por un tiempo estén forzados a convivir. Me preocupan, eso sí, aquellos socialistas “descafeinados” que hacen de la necesidad virtud y que creen que porque tendremos que convivir con los mercados debemos entregarnos a ellos y admitir que, tal como lo apunta el dogma neoliberal, son eficientes, racionales y equitativos.

El mercado es una organización implacable, esencialmente antidemocrática y completamente antagónica al socialismo. Es claro que mientras el proceso social avanza habrá que buscar

formas concretas de establecer una cierta convivencia, teniendo en cuenta las fenomenales capacidades extorsivas del mercado y su tendencia incontrolable a chantajear a los gobiernos, aún a aquellos que son tibiamente reformistas. En este sentido, hay que recordar dos experiencias a mi juicio muy importantes: el caso de Allende en Chile y el de Mitterrand en Francia. Ambos demuestran la casi nula capacidad de los gobiernos populares para resistir a un golpe de mercado. Se impone, por lo tanto, elaborar una estrategia de progresivo desgaste, control y socialización de los mercados que permita avanzar en la dirección del socialismo. De última, se trata de devolverle al pueblo mayores capacidades de autocontrol, lo que no es otra cosa que ir cumpliendo con el programa socialista de extinción del Estado mediante el reforzamiento del protagonismo de las clases y capas populares en la producción de sus propias condiciones de existencia.

Emir Sader

Intentando ser todavía más ortodoxo, yo diría: socialismo de mercado, sí; comunismo de mercado, no. El socialismo es un proyecto de transición hacia una sociedad sin alienación y sin explotación. El socialismo no es una sociedad desalienada, continúa siendo una sociedad en la que la gente es remunerada en función de la productividad.

Tengo todas las desconfianzas clásicas respecto al mercado, algunas de las cuales ya han sido mencionadas aquí.

Debemos considerar la necesidad de una diversidad de ofertas en el mercado, tal como plantea Diane Elson, aunque no con formas de propiedad individual que posibiliten la explotación del trabajo ajeno. Hay que desplazar el problema de la socialización del mercado hacia la discusión sobre qué formas de propiedad van a estar presentes en dicho mercado. Las cooperativas nacionales, municipales o las pequeñas propiedades familiares, ¿son históricamente posibles? Tengo mis serias dudas sobre si el grado de acumulación de capital existente no plantearía, necesariamente, la existencia de grandes propiedades públicas. En suma, no debemos pensar que el socialismo es la sociedad sin clases, sin Estado, sin alienación. Es una transición, y en ese margen yo aceptaría pensar formas mercantiles sobrevivientes, pero con una dinámica tendencialmente superadora de la lógica del mercado.

Robin Blackburn

Nos enfrentamos aquí al problema práctico de lo que debe hacer o proponer la izquierda en las actuales condiciones del desarrollo capitalista. En este punto no iría mucho más allá de las observaciones realizadas por quienes me antecedieron en el uso de la palabra. Sin embargo, a veces subestimamos la tarea teórica de analizar el mercado. Creo que en algunas intervenciones parecería existir la tendencia a considerarlo de una manera supra histórica. Probablemente precisemos de un lenguaje diferente. Estoy perplejo, por ejemplo, con el hecho de que Marx raramente se haya referido al mercado. La idea de su eliminación no aparece demasiado en Marx, a menos que yo esté engañado al respecto. Claro que él se refiere a la producción de mercancías y a su intercambio, lo que podría ser considerado como una referencia a la necesidad de suprimir las relaciones de mercado. Ahora bien, lo que me preocupa aunque ésta es una cuestión que técnicamente ocuparía mucho más tiempo del que disponemos ahora- es lo que está por detrás de las intervenciones de Atilio y Michael. Este último sostuvo hace algunos instantes que no necesitábamos inventar la rueda, lo cual equivaldría a decir que todos los mecanismos económicos que precisamos ya están disponibles, aunque ellos fallaron por razones políticas o históricas. No creo que esto sea exactamente así.

Puede ser verdad que, con la moderna cibernética, en mil años el mercado deje de existir. Pero para poder estar seguros de ello deberíamos esperar demasiado tiempo. Para escapar a estas especulaciones, me parece que los problemas que enfrentamos son prioritarios para el presente. De allí que, si proponemos una economía no regulada por los precios, debemos asumir el problema de cómo serán las relaciones entre las empresas, entre los diferentes sectores económicos, etc.

Una respuesta implícita a estas cuestiones la ha dado la teoría de la autogestión, aunque lo hizo, en mi opinión, presentando una solución equivocada. Yugoslavia, por ejemplo, a pesar de no haber propiciado la posibilidad de verificar estas experiencias en condiciones de laboratorio, es un modelo de la limitación a la que se enfrentan este tipo de concepciones. Tenemos que indagar por qué la autogestión obrera no tuvo éxito. Una de las razones ha sido que cierta dosis de democracia dentro de la empresa es una buena propuesta para su administración, pero no resuelve el problema principal. Hoy, los mismos capitalistas ilustrados reconocen esto y defienden formas cada vez más activas de participación de los trabajadores. El llamado modelo asiático las incorpora como mecanismos de gestión. Sin embargo, las decisiones realmente substantivas de la economía capitalista, por ejemplo, quién es rico y quién es pobre, no son tomadas por los gerentes de las fábricas, sino por un conjunto de relaciones mucho más complejas realizadas en la esfera del mercado. La meta debe ser controlar ese mecanismo. Creo que "socializar el mercado" es un slogan mucho más viable que la propuesta de suprimirlo.

Esto nos conduce al mecanismo fundamental del proceso de acumulación. En mi opinión debemos, apoyar formas de capitalismo popular como medida transitoria, estrategias para democratizar y controlar el excedente y la toma de decisiones, incluyendo decisiones morales y económicas sobre el destino mismo de los excedentes acumulados.

La socialdemocracia sueca ha sido quizás la que más avanzó en demandas programáticas de este tipo, a partir de establecimientos de fondos para asalariados en todas las áreas creadas a partir de deducciones compulsivas en las planillas de sueldos y de pagos, posibilitando el establecimiento de bancos populares que, en un corto período, llegarían a dominar todo el proceso de acumulación. Esto significaría que los trabajadores, además de ser representados en sus consejos de fábrica, deberían tener instancias de representación en los consejos administrativos de las instituciones financieras. No estoy proponiendo una multiplicación de los mecanismos de representación, sino la necesidad de ampliar la intervención social en un tipo de instituciones que, como las financieras, escapan al control popular. Tampoco llamo a eso "socialismo de mercado", aunque considero las ideas de John Roemer técnicamente sofisticadas y estimulantes para el análisis crítico por parte de la izquierda.

Mejores instituciones pueden generar más democracia. Y aunque es verdad que más democracia económica no produce linealmente socialismo, precisamos de nuevas instituciones financieras. Sabemos que el socialismo precisa de tecnologías, de estaciones generadoras de energía, de telecomunicaciones: aquella famosa frase de Lenin, "el socialismo es electricidad más poder soviético". ¿No será que a final del siglo XX precisamos también de nuevas formas de control y cálculo de la cibernética moderna? Hoy existen a este nivel mecanismos más sofisticados y poderosos que podrían tornar al mercado más visible, más controlable, y de esta forma ayudarnos a su progresiva supresión.

Göran Therborn

Quisiera destacar tres cuestiones. En primer lugar, existe una contradicción intrínseca entre socialismo y mercado, ya que este último contradice la propia idea de derecho y los derechos humanos. En el mercado se vende todo, incluidos los niños. Si hubiera una demanda se venderían los padres y los viejos. Por otro lado, la contradicción entre ambos términos se expresa en el hecho de que el socialismo involucra una perspectiva comunitaria, solidaria, de relaciones sociales que no pueden reducirse a criterios mercantiles. La perspectiva socialista tiene otros aliados que los liberales. Tiene aliados, por ejemplo, en los llamados comunitaristas, con su crítica al individualismo utilitarista.

El segundo aspecto es que el mercado, en tanto esfera de decisión, es un mecanismo: no jerárquico, racional y extremadamente rápido. Me parece que una economía eficiente y un consumo masivo necesitan de mecanismos de decisión con esas características. Esta es una de las conclusiones que podemos sacar de las tentativas socialistas desarrolladas hasta el momento.

Por último, quisiera advertir sobre el fetichismo de la democracia y del control democrático. Se trata de una provocación, claro. Naturalmente, soy tan democrático como ustedes. Lo que me interesa destacar es que si pensamos cómo funcionan la democracia y las decisiones democráticas, necesitamos un poco más de escepticismo que el que encontramos en la tradición clásica. Por ejemplo, sabemos muy bien a partir de nuestras experiencias políticas en movimientos y partidos que en toda decisión democrática hay intereses en juego, manipulación de información, alianzas y diferentes formas de presión. Si esto ocurre en pequeños grupos con muy poco poder de intervención, es de esperar que semejante dinámica se amplíe cuando consideramos la economía en su totalidad. De tal forma, debemos advertir que la democracia no sintetiza nuestro ideal, aunque sea lo mejor que tenemos. La democracia no es el comunismo, tampoco el socialismo. Se trata de un mecanismo para la toma de decisiones fundamentales. Verdaderamente, precisamos de una ampliación de los mecanismos de control y planificación democrática, aunque esto no es suficiente para substituir los sistemas de decisión propios del mercado, donde cada consumidor individual puede tomar decisiones, y no sólo el congreso del Partido o la Asamblea de representantes empresariales. Es una lección que nos ha dado nada menos que George Soros al afirmar que el mercado vota cada día o cada minuto.

En suma, tres puntos me parecen fundamentales: establecer la contradicción intrínseca entre los principios éticos y sociales del socialismo y del mercado como modelo de sociedad; reconocer la eficiencia, la racionalidad y la igualdad potencial del mercado como mecanismo de decisión; asumir que el control y la planificación democrática no es la solución sino un medio para resolver problemas.

Atilio Boron

Quisiera hacer una pequeña apostilla. Estoy de acuerdo con casi todo lo que dijo Göran, excepto en un punto: me parece que sobrevalúas lo que significa la racionalidad en el funcionamiento de los mercados. En tal sentido, podríamos decir que en él se despliega una racionalidad a nivel micro pero otra muy diferente a nivel macro. El problema del mercado es que puede, eventualmente, ser muy racional en el primer nivel, y al mismo tiempo, irracional y suicida en el segundo. Debemos ser muy cuidadosos en esta cuestión.

El segundo asunto que quisiera destacar es que nuestro debate giró en torno al problema del Estado y del mercado. Me parece que, de cierta forma, caímos en una situación en la cual parecería que más allá del mercado tenemos simplemente el Estado. Creo que un socialismo renovado tiene que necesariamente plantear una perspectiva superadora de la polaridad Estado-mercado. La ampliación, construcción y recreación de los espacios públicos como áreas que se sitúan en la frontera entre lo social y lo estatal constituye una promisoría línea de avance para la perspectiva socialista. De lo contrario, podemos caer en el viejo determinismo que invadió el socialismo en la época de Stalin, lo cual nos conduciría a una vía muerta. La renovación de la izquierda pasa, entre otros factores, por la posibilidad de repensar el espacio público como una esfera fundamental en la cual se pueden crear instrumentos e instituciones controladas socialmente, siendo el Estado sólo una de ellas, y por cierto, en el largo plazo no la más importante. Debemos despojar al proyecto socialista de la fuerte impronta estatalista que lo ha caracterizado durante mucho tiempo y mediante la cual se asimilaba, en un reduccionismo salvaje, lo público con lo estatal. No es ocioso recordar que esta impronta es del todo ajena a Marx y a la tradición clásica del marxismo, incluyendo a Lenin.

Retomando la pregunta con la que Blackburn finalizaba su intervención, creo que es verdad que en manos de una coalición socialista el desarrollo cibernético permite, o eventualmente podría permitir, disponer de mejores instrumentos de control y regulación de las acciones e iniciativas tomadas por sectores sociales tan poderosos como la burguesía transnacionalizada. En este sentido, la cibernética, la informática y todo el impresionante desarrollo de las tecnologías de comunicación tienen una potencialidad extraordinaria para fortalecer el control social de los procesos de producción y circulación, y un socialismo de cara al siglo XXI mal podría ignorar las posibilidades que se abren con estas nuevas tecnologías para promover el autogobierno de los productores, que es la vieja fórmula marxista de la democracia.

Robin Blackburn

Quería finalizar complementando algunas de mis observaciones anteriores. Aunque apoyo la socialización del mercado, creo que debemos reconocer que ésta presenta el mismo problema que la reorganización de la economía a partir de la autogestión obrera con el objetivo tendencial de suprimir el proceso de acumulación capitalista. Obviamente, tal objetivo no puede depender del desarrollo de ciertas dinámicas de participación activa; éstas son fundamentales para el proyecto socialista, aún cuando no llegan a definirlo enteramente. Para poder desempeñar un papel determinado en un grupo de trabajo que toma decisiones relativas a grandes proyectos de inversión, es preciso tener capacidad técnica, y tal vez, disponibilidad de tiempo libre, lo cual no se aplica a todos. No se aplica a los niños, a algunos ancianos, a las personas enfermas o con necesidades especiales, e inclusive, a algunos adultos relativamente hedonistas, como artistas más preocupados con las artes plásticas que con la toma de decisiones financieras. Quiero registrar esto como un problema central para el socialismo que queremos construir. Debemos ser capaces de edificar una sociedad socialista donde cada uno colabore de acuerdo a sus habilidades y capacidades. Se trata de un concepto clásico y del cual nunca deberíamos alejarnos. Más allá de las fórmulas de auto gerenciamiento y de socialización del mercado, deberíamos ser capaces de desarrollar una perspectiva que sea lo suficientemente universal como para incluir a todos.

Precisamos construir una nueva sensibilidad para estas cuestiones. El ataque al neoliberalismo involucra una crítica radical a las dimensiones de la exclusión que produce y amplía. Sin embargo, nuestro proyecto socialista suele ser demasiado heroico y no demasiado integrador que digamos. El desarrollo de esta nueva sensibilidad, presente, por ejemplo, en algunos sectores del movimiento feminista, en los verdes y en otros movimientos sociales, constituye una contribución fundamental para la derrota del neoliberalismo. Inclusive para su derrota moral.